

## Números

### Lección 35 - Capítulos 34 y 35

La última vez terminamos Números 33, una especie de versión abreviada de la ruta del Éxodo que enumeraba 42 estaciones en las que tuvieron lugar acontecimientos importantes durante el viaje de los israelitas por el desierto, un viaje que estaba a pocas semanas de concluir.

Hablamos de cómo el Señor dio a Moisés unas duras instrucciones sobre cómo debían invadir y tomar Canaán: debían expulsar a todos los habitantes de todos los rincones de la tierra. Los únicos cananeos a los que se les permitiría permanecer serían aquellos que renunciaran a cualquier afiliación tribal que tuvieran y se unieran a Israel. Esto significaba que también tenían que renegar completamente de sus dioses y rituales y obedecer la Torá. Naturalmente, no fueron muchos los que decidieron hacerlo. Los que luchaban contra Israel y se negaban a abandonar sus tierras eran asesinados.

Además, el Señor le dijo a Moisés que si Israel fallaba en hacer esto no solo la gente que permaneciera en la tierra sería una constante espina en el costado de Israel, sino que el Señor trataría con ISRAEL de la misma manera que había pensado tratar con estos paganos.

El capítulo 33 concluía con la instrucción de que el reparto de territorio entre las tribus de Israel debía comenzar inmediatamente y que se haría incorporando 2 métodos: suertes y proporcionalidad. Es decir, se echarían suertes para determinar la región general de Canaán que recibiría cada tribu, pero el TAMAÑO del territorio de cada tribu sería proporcional a la población de esa tribu.

Bueno, a pesar de lo largo que ha sido el estudio del libro de Números, el libro está llegando rápidamente a su fin con algunas leyes sobre los límites del territorio que el Señor está dando a Israel y algunas otras leyes sobre cómo la tierra debe ser protegida y gobernada.

A partir del estudio de la semana pasada (capítulo 33) y hasta el final del libro de Números, el tema gira en torno a la inminente posesión de la Tierra Prometida. Creo que es difícil para nosotros, en el siglo XXI, imaginar e interiorizar lo trascendental que fue la ocupación de la tierra de Canaán por los hebreos. Si pensamos en los momentos más grandiosos de la Biblia, probablemente enumeraríamos la Creación, el Diluvio Universal, la división del Mar Rojo y el Éxodo, y el advenimiento de Jesucristo a la cabeza de la lista.

Pero sin duda la realización del pacto de 600 años de Abraham (que a los descendientes de Abraham se les daría una tierra propia para poseerla para siempre) pertenece a esa lista y muy cerca de la cima. Al igual que los creyentes esperan con expectación el regreso de nuestro Mesías Yeshua y el establecimiento de Su reino, así esperó Israel a que su herencia de tierra basada en el pacto les fuera dada por el Señor. Y esto fue así porque desde los tiempos de Abraham hasta este punto de la Torá los hebreos siempre habían sido un pueblo sin patria.

Desde el momento en que el Señor le dijo a Abraham que se levantara y abandonara su tierra natal (Mesopotamia), y que se desvinculara de su país y de su familia (es decir, que los

abandonara, que los repudiara) Abraham y todos los hebreos que salieran de sus entrañas no serían, durante siglos, más que extranjeros residentes, forasteros, dondequiera que vivieran.

Abraham, Isaac y luego Jacob, aunque vagaron por varias partes de Canaán, vivieron allí a placer de los cananeos que poseían y controlaban el territorio. Cuando residían en Egipto, lo hacían a las órdenes del faraón. José, que llegó a ser el gran visir de todo Egipto, no consideraba Egipto su hogar y por eso ordenó que su cuerpo momificado fuera llevado a la Tierra de Canaán en aquel maravilloso día en que Israel salió de Egipto para viajar a una tierra que SERÍA suya.

Creyentes, además de que todo esto es verdad y real y está sucediendo, es también un patrón y una imagen de nosotros y nuestra condición. La Torá, cuyo tema central es la creación de Israel como pueblo y luego como nación, es un modelo de lo que el cuerpo de Creyentes experimentaría en un tiempo futuro a Moisés; un tiempo cuando el Señor crearía otro pacto con el propósito de refinar quién sería incluido (y en qué términos) entre ese pueblo suyo apartado.

Cuando Abraham aceptó a Yehoveh como su dios (conociéndolo sólo como El Shaddai, Dios de la Montaña); y dejando todo lo del pasado atrás, a Abraham se le presentó un pacto por y con Yehoveh, una promesa escrita en concreto. Al aceptar el pacto Abraham quedó encerrado en las bendiciones de ese pacto. Cuando aceptamos a Yeshua como nuestro dios y Salvador dejamos atrás el pasado al aceptar la realidad del Pacto garantizado por Su sangre. Y al aceptar este pacto renovado quedamos encerrados en sus muchas bendiciones.

Sin embargo, después de que Abraham aceptara el pacto (siendo la provisión principal un lugar garantizado para vivir para siempre que sería suyo, un lugar al que él y sus descendientes pertenecerían, un hogar permanente) pasaría mucho tiempo antes de que ese hogar se hiciera realidad. Mientras tanto, sus descendientes serían extranjeros en tierra ajena. Como se desprende claramente de este modelo, creyentes, aunque ya estamos viviendo bajo los términos de la Nueva Alianza, todavía no hemos alcanzado el resultado final: un lugar permanente para vivir, un lugar al que pertenecemos, un lugar apartado sólo para nosotros. Y ese lugar es el Reino de Dios.

He sido creyente casi toda mi vida. Pero probablemente ha sido sólo en los últimos 10 - 15 años más o menos que empecé a sentir los efectos de lo que soy: un extranjero viviendo en tierra extranjera; y permaneceré en esa condición hasta que el Señor decida que es tiempo de que regrese a casa. En verdad, me había sentido bastante cómodo en el mundo. Me llevaba bien con el mundo y prosperaba en el mundo, aunque Dios me había apartado espiritualmente del mundo por haber aceptado a Su Hijo. Sin embargo, el Señor nos ha dicho enfáticamente que no pertenecemos aquí; que en nuestra nueva condición podemos estar EN el mundo, pero no somos DEL mundo.

Israel estuvo EN Egipto mucho, mucho tiempo; pero nunca FUE DE Egipto. Y a medida que pasaba el tiempo se dieron cuenta de que eran clavijas redondas tratando de ocupar un agujero cuadrado. Igual de importante fue que los egipcios fueran más conscientes de que los hebreos no formaban parte de Egipto, que eran raros, diferentes y que no encajaban, sino que sólo servían como esclavos. Los egipcios disfrutaban de lo que estos hebreos aportaban, pero al mismo tiempo los egipcios llegaron a odiarlos, pero no siempre hubo odio; al principio los

hebreos eran bien recibidos. Los egipcios incluso aprendieron de los hebreos, adoptaron algunas de sus costumbres y Egipto prosperó.

Sin embargo, poco a poco, década tras década, la separación y la diferencia de los hebreos empezaron a irritar a los egipcios. Con el tiempo esa irritación se convirtió en amargura. Finalmente, durante la vida de Moisés, esa amargura se desbordó en odio violento y no hubo otra opción para la supervivencia de Israel que ser sacado de Egipto y colocado en el reino que el Señor había preparado para ellos.

Cuanto mayor me hago, más lo siento. Ya casi no reconozco mi propio país. Algunas noches me cuesta conciliar el sueño, pensando en todo esto y en el tipo de mundo al que se enfrentarán mis nietos. Sé lo que está bien y lo que está mal porque el Señor me lo ha enseñado; pero la mayor parte del mundo que me rodea dice que no hay bien ni mal, que no existe el bien y el mal, que es simplemente una elección cultural. Yo sé que solo hay UN Dios, el Dios de la Biblia, y Su nombre es YHWH porque yo personalmente lo conozco; pero el mundo dice que SI hay un dios Él tiene muchos nombres incluyendo Buda, hindi, y Allah por nombrar algunos.

Ya no me siento cómodo aquí. Me siento como un niño que fue adoptado poco después de nacer y un día se da cuenta de que no se parece en nada a sus padres ni a sus hermanos y hermanas, y anhela saber quién es realmente. Sé que no pertenezco a este lugar; y las personas a mi alrededor que no conocen a Yeshua tampoco se sienten muy cómodas conmigo, y se cuestionan si soy uno de ellos y si pertenezco a este lugar, con ellos.

Pero como Abraham, yo también he sido puesto bajo un pacto; se me ha prometido un lugar donde las cosas finalmente funcionarán como se supone que deben hacerlo, un lugar donde el gobierno estará sobre los hombros de nuestro Mesías, un lugar al que pertenezco. Como Israel, he sido redimido y ya no pertenezco a mi cruel capataz; he comenzado mi Éxodo, he recibido la Palabra de Dios y estoy en un viaje a través del desierto hacia mi destino final; pero todavía sigo en un patrón de espera, todavía no he llegado.

Hoy nos encontramos precisamente donde estaban Moisés e Israel en este punto del libro de Números. La promesa de la alianza de Dios con nosotros está ahí delante y podemos verla, casi podemos olerla; y pronto, muy pronto, podremos agarrarnos a ella.

Sin embargo, esta vida que estamos viviendo, y el tiempo que estamos vagando por el desierto, no ha de ser tiempo ocioso. Nuestro trabajo es aprender los caminos del Señor y practicarlos, porque una vez que estemos en nuestro destino estaremos viviendo esos caminos más completa y eternamente en la presencia de Yeshua de lo que jamás imaginamos.

Así que aquí en Números, cuando el pueblo de Israel puede ver su destino a lo lejos, y sabe que sólo faltan días, horas, para que sea suyo, Dios les da algunas instrucciones sobre cómo deben vivir en la tierra.

Leamos algunas de esas instrucciones en el capítulo 34 de Números.

LEER NÚMEROS CAPÍTULO 34

Los primeros 12 versículos son simplemente los límites de la Tierra Prometida. Muchos de los puntos indicados no se conocen hoy en día, pero muchos sí. Ciertamente, la parte más oriental (el río Jordán) y la más occidental (el mar Mediterráneo) son fáciles de identificar. Incluso la parte septentrional es bastante segura; el límite meridional no lo es tanto.

Mira este mapa, porque es, con mucho, la forma más fácil de entender estos límites.

Ahora, hay registros egipcios de aproximadamente este mismo periodo (siglo XIV AC) que son virtualmente idénticos en describir los límites de la tierra de Canaán como leemos aquí en Números; lo que significa que podemos saber que estos son correctos. En otras palabras, lo que el Señor describe aquí en Números 34 eran los límites territoriales generalmente reconocidos de la Tierra de Canaán en aquellos días que precedieron a la ocupación de esa tierra por Israel. Yehoveh no redefinió los límites de la tierra de Canaán; no añadió ni quitó nada.

Pero, en cuanto al límite meridional, identificado en el versículo 5 como la nahlah Mishrayim (traducida a menudo en medio inglés como el Wadi de Egipto), ésta es probablemente la mayor de las controversias. No creo ni por un minuto que este límite sur sea el río Nilo. En primer lugar, en ninguna parte encontramos el término hebreo nahlah Mishrayim utilizado para denotar el Nilo. En segundo lugar, el término nahlah significa más bien un curso de agua. No se refiere necesariamente a un wadi del desierto que es un cauce seco excepto cuando una tormenta lo llena de repente, porque también puede referirse a un arroyo o a un pequeño curso de agua que a veces es sólo un hilo de agua, estacionalmente un arroyo y ocasionalmente un torrente temporal.

En ningún caso es un término utilizado para describir el río Nilo, del tamaño del Mississippi. Tercero, como estos registros egipcios son tan explícitos y casi idénticos al registro aquí en Números sobre los límites de Canaán, si uno tomara la nahlah Mishrayim para significar el Nilo, eso afirmarí que Canaán en un tiempo incluía toda la Península del Sinaí, e incluso se extendía bien hasta el Continente Africano, tomando gran parte de la tierra que siempre se ha atribuido a Egipto.

En cuarto lugar, dado que estos registros egipcios son aproximadamente de la misma época que el Éxodo, si Canaán hubiera incluido la Península del Sinaí (o incluso la orilla oriental del Nilo, si el Nilo fuera ese límite meridional), entonces eso significa que la Península del Sinaí formaba parte de la Tierra Prometida. así que, habría sido un viaje bastante corto... tal vez un par de días fuera de Egipto a Canaán y el viaje habría terminado prácticamente antes de que empezó, ¿verdad?

Por lo tanto, se puede ver cómo nada de eso tiene mucho sentido. Ahora bien, hay desacuerdos más serios y razonables sobre dónde está exactamente esa nahlah Mishrayim, pero NO pudo haberse extendido hasta el Sinaí, que siempre fue conocido como territorio egipcio.

Ahora, la siguiente cosa que puede confundir a la gente cuando se discute el límite de la Tierra Prometida es cuando uno mira esto en Números, y luego pasa a leer Ezequiel. La división de la tierra en Ezequiel 47 es algo diferente de lo que leemos en Números, pero en ningún caso tan extrema como se ha enseñado y como yo creí alguna vez.

Vayamos a Ezequiel 47 y leamos los versículos 13 a 23, y luego pasemos directamente a Ezequiel 48 y leamos del versículo 1 al catorce. LEER EZEQUIEL 47:13 - 23 Y 48:1 - 14

Ahora, si miras este mapa verás que la asignación territorial es un poco diferente. Es un poco más grande, a los levitas se les da territorio (pero no se les da ninguno en la asignación de Números), y están apilados como un tótem con las líneas fronterizas esencialmente comenzando en el oeste en el Mediterráneo y extendiéndose un poco más al este, especialmente en el norte. Entonces, ¿qué pasa?

En algunas lecciones anteriores hemos hablado de las interesantes transformaciones que se producen en cierto momento de Ezequiel, entre las que destaca la restitución del culto sacrificial en un Templo reconstruido, pero también un cambio en los procedimientos rituales que parece reducir el papel y la importancia del sacerdocio a un papel de maestro de ceremonias religiosas conmemorativas (en lugar de efectivas).

En otras palabras, al igual que celebramos la Pascua o el Día de Resurrección o incluso la Comunión, estas observancias no son algún tipo de ritual que afecta a algún tipo de respuesta ordenada de Dios. No tenemos nuestros pecados perdonados como resultado de esas ceremonias, no conseguimos una mejor posición con Dios, no somos purificados, etc. Estas ceremonias cristianas y judías mesiánicas son simplemente conmemoraciones alegres de gratitud a nuestro Señor en recuerdo de las grandes cosas que Él ha hecho. Así será en Ezequiel, pero en un tiempo cuando aún MÁS obras de Yeshua habrán sido cumplidas.

Es mi posición que la razón de las diferencias entre estas visiones que leemos en Ezequiel versus lo que leemos en la Torá es que Ezequiel está hablando del período del Reino Milenial, también llamado el reinado de 1000 años del Mesías Yeshua, Jesucristo que sigue inmediatamente al evento del Armagedón. Como Él estará literal y físicamente morando y gobernando desde Jerusalén, y por un período de tiempo el mal y la rebelión no existirán en el planeta Tierra, hay mucho que necesariamente será diferente.

Por un lado, el número de Creyentes que clamarán por vivir en y alrededor de Jesús el Rey (aunque podremos elegir vivir en cualquier lugar del planeta que deseemos) será mucho mayor de lo que la asignación territorial de Números podría acomodar. Te puedo decir que cuando llegue ese día ciertamente planeo vivir allí; así que, vemos esta enorme cantidad de tierra siendo apartada para este propósito en Ezequiel. Sin embargo, lo principal que sucede en la descripción de Ezequiel de la tierra del Reino, a diferencia de la descripción de Moisés en Números, es que se incluye la tierra del lado ESTE del Jordán (más o menos la tierra en la que Moisés permitió que se establecieran Rubén, Gad y la media tribu de Manases).

En cualquier caso, un aspecto negativo de todo esto es que Israel, en toda su historia, NUNCA ha controlado o siquiera habitado todo el territorio que Dios les dio en Números, y mucho menos lo que se describe en Ezequiel. Pero, es clave comprender que, si alguna vez lo ocuparon o no, el Señor todavía lo reservó exclusivamente para Israel.

Ahora bien, lo que resulta tan interesante y relevante para nosotros en 2009 es que los límites de la Tierra Prometida de Números 34 incluyen prácticamente toda la Siria y el Líbano actuales. No

es de extrañar que Siria y Líbano estén en guerra constante (a veces fría a veces caliente) con ¿Israel? El gobierno de la renacida nación de Israel nunca ha reclamado Siria ni el Líbano, pero todas las partes son muy conscientes de lo que dice la Torá al respecto.

Los musulmanes saben mejor que la mayoría de los cristianos y judíos lo que dice la Torá sobre a quién pertenece esta tierra, y por eso están dispuestos a luchar a muerte por ella como apoderados de Satanás. Sin embargo, lo más importante es que tanto Yehoveh como Satanás conocen el resultado: los habitantes de Siria y Líbano viven en la tierra prometida a Abraham y a sus descendientes israelitas. El hecho de que los gobiernos e instituciones terrenales (incluso la Iglesia) nieguen esto no significa nada en el cielo.

Sin embargo, tampoco se puede negar que la tierra tal como se describe a Moisés, y más tarde a Ezequiel, es un poco diferente aún de lo que se describe a Abraham. Mira este mapa. Lo que hay que entender acerca de lo que se le dio a Abraham es que es mucho más general en su naturaleza que lo que se le dio a Moisés. Además, como las tribus se desplazaron con el tiempo y surgieron naciones, los imperios fueron y vinieron, las fronteras cambiaron, y los grupos étnicos crecieron, se redujeron o desaparecieron por completo, hubo muchos cambios en los nombres de los lugares y las ubicaciones tribales en la época de Moisés, y más tarde de Ezequiel.

A partir del versículo 13 se resumen algunos hechos: por ejemplo, la Tierra Prometida se repartirá entre 10 tribus, no entre 12 como se había establecido originalmente. En realidad, eran 9 tribus más 1/2 de la tribu de Manasés las que iban a recibir porciones. La razón, por supuesto, es que las tribus de Rubén, Gad, y 1/2 de la tribu de Manasés eligieron quedarse FUERA de la Tierra Prometida, y así renunciaron a sus derechos a vivir en Canaán.

El capítulo concluye con una larga lista de las tribus de Israel, y quién, en el momento de la historia, era el príncipe...el jefe... de cada una de las tribus. Por lo tanto, estos 10 hombres serían se les asignaba el territorio de la tribu que controlaban, y luego debían subdividir su territorio entre los distintos clanes y familias de su tribu como considerasen oportuno.

Pasemos al capítulo 35. LEER NÚMEROS CAPÍTULO 35

Aquí se aborda la cuestión del alojamiento de la tribu de Leví, comenzando con un recordatorio de que a) Moisés estaba asignando la tierra, y b) Israel estaba en la orilla oriental del río Jordán, en la antigua tierra de Moab, cuando tuvo lugar esta asignación de tierras.

Y, en el versículo 2, vemos que (como iba a haber 48 ciudades reservadas para los levitas) cada tribu debía decidir qué ciudades daría a los levitas como propiedad permanente. Además de la ciudad propiamente dicha, había una cantidad de tierra contingente a cada ciudad que se utilizaría como pastizal para los animales de los levitas.

No seamos ingenuos sobre lo que se les dio a los levitas; NO eran ciudades amuralladas o sustanciales. Y no eran, en general, ciudades que los israelitas construirían desde cero. Más bien, estas 48 ciudades serían de entre los cientos, si no miles, de pequeñas aldeas y pueblos que el ejército israelita capturaría de las diversas tribus cananeas durante la conquista. La mayoría de estas "ciudades" constarían de un puñado de edificios.

Entendamos también que al igual que el Año del Jubileo (parte esencial de las leyes relativas a la prohibición de transferir permanentemente la tierra a otro que no sea el propietario original), una celebración que los registros indican que nunca ocurrió ni UNA sola vez, los levitas nunca obtuvieron su complemento completo de 48 ciudades. Oh, puede que se les hayan asignado las 48 ciudades; pero era crítico para la capacidad de los levitas de habitar estas ciudades que cada tribu cuidara consistentemente de aquellos levitas que iban a vivir en las ciudades levitas asignadas en su territorio; y en muchos casos simplemente no sucedió.

El libro de Josué habla de varias de estas ciudades levitas por su nombre, pero sólo de las más grandes. No me cabe duda de que algunas tribus decidieron dar a los levitas aldeas inhabitables y quemadas para que las habitaran (aldeas que tenían poco valor para esa tribu); así que los levitas sencillamente nunca se trasladaron allí y en su lugar se concentraron en las ciudades más sustanciosas que les habían dado, especialmente las pocas que tenían murallas.

Después de todo, ellos (como todos los demás israelitas) tenían que protegerse de la interminable serie de ataques de bandas de bandidos merodeadores y, ocasionalmente, de los ejércitos de reyes que pretendían expandir su territorio. Las tribus extranjeras no hacían distinción entre Israel, los levitas y los sacerdotes; todos eran presa fácil.

El versículo 6 comienza a hablar de las famosas "ciudades de refugio"; y habrá un total de 6 de ellas. Curiosamente, 3 de ellas estarían en el lado oriental del Jordán (para las 2 tribus y media que vivían allí), y las otras 3 en el lado occidental del Jordán para las 9 tribus que vivían en la Tierra Prometida. Y, se nos dice que, así como parte de la fórmula para decidir el territorio que cada tribu recibiría se basaba en el tamaño relativo de esa tribu, así sería que el tamaño de las ciudades dadas a los levitas se basaría en la cantidad de territorio que cada tribu recibiera. Si una tribu tenía una gran cantidad de territorio, entonces las ciudades dadas a los levitas debían ser más grandes.

Como así era, se ordenó un método bastante ingenioso para decidir cuántos pastos debían acompañar a cada una de las 48 ciudades: la medida longitudinal de 1.000 codos (unas 500 yardas) debía AÑADIRSE a la longitud de la propia ciudad. Así pues, cuanto más grande era la ciudad, más se añadía a los 1.000 codos de pastos concedidos a cada una de las ciudades levitas.

Ahora bien, las 6 ciudades de refugio (eran 6 de las 48 ciudades, no además de las 48) eran fundamentales para el sistema de justicia de Yehoveh; pero aún más, las leyes relativas a ellas trataban de este principio teológico fundamental: Dios es tan santo que no puede estar presente en una tierra que ha sido profanada por el asesinato.

Cuando pensamos en Levítico, vemos cuán importante es la sangre para todas las leyes de Dios. Sin embargo, también se nos muestra que mientras la sangre es el ÚNICO medio eficaz para expiar los pecados (es decir, sólo la sangre podría traer expiación), el derramamiento indebido de sangre es una abominación al Señor y por lo tanto contamina. Uno de los ejemplos más claros de esto es el asunto de la sangre menstrual, que es algo contaminante para lo que debe haber purificación. Sin embargo, la sangre de un animal sacrificado correctamente podría expiar todos los pecados, excepto algunos de los más atroces (o como la Biblia los llama, de mano alta).

Aquí, la cuestión es el asesinato de un ser humano; y si este asesinato es asesinato u homicidio. Así pues, estos versículos definen lo que es asesinato, en contraposición a lo que es homicidio involuntario; y cuál debe ser el papel de las ciudades de refugio en cada caso. La semana que viene examinaremos esto y el papel del vengador de la Sangre.

Y, la próxima semana terminaremos nuestro estudio del libro de Números.